

El desasosiego de Fernando Pessoa, o la experiencia poética del límite*

Maria Cecilia Salas Guerra**

Resumen El siguiente texto quiere mostrar que el *Libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa por Bernardo Soares, no es una mera y descomunal confesión del tedio vital. Lo que se propone a continuación, más bien, es una lectura del desasosiego pessoano en cuanto que experiencia poética del límite, experiencia arraigada, paradójicamente, en la serenidad y la ironía. Veremos que de este arraigo le viene la tonalidad y la cadencia poética al Libro, y la singularidad al poeta. Reconoceremos allí la imagen del hombre en cuanto que ser-del-desasosiego: agonismo entre la finitud y el ansia de infinitud, entre lo decible y lo indecible.

Palabras clave

Desasosiego, ironía, serenidad, tedio, heteronimia, Decir, moral de la acción, poesía, pensamiento, escritura, tristeza, silencio, alegría, experiencia poética.

Abstract The following text wants to show that the *Book of the Uneasiness*, by Fernando Pessoa as Bernardo Soares, is not a mere and extraordinary confession of the vital boredom. What one sets out next, rather, is a reading of Pessoa's uneasiness as the poetic experience of the limit, experience paradoxicalallly rooted in serenity and irony. We will see that from this root it comes both the tonality and the poetic cadence in the "Book...", as well as the poets's singularity . There we will recognize the image of man under the sign of uneasiness: confrontation between the mortal limits and the anxiety of infinity, between the expressable and the unspeakable thing.

Key words

Uneasiness, irony, serenity, boredom, heteronimia, To say, moral of the action, poetry, thought, writing, sadness, silence, joy, poetic experience.

* Este texto es la primera parte de la tesina o Trabajo tutelado de investigación realizado para optar a la suficiencia investigativa en el segundo año de doctorado en el programa Problemas del pensar filosófico, en la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Trabajo dirigido por el Doctor Ángel Gabilondo Pujol del 2002 al 2003.

** Psicóloga (1996, U. de A.). Magíster en Ciencias sociales y humanas, con énfasis en Psicoanálisis y vínculo social (2000, U. de A.). Actualmente prepara tesis doctoral en el Programa Problemas del pensar filosófico, en la Universidad Autónoma de Madrid. Coautora de *El mito de la voluptuosidad en la prostitución femenina* (2001). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Ha colaborado en revistas locales. Es docente de cátedra en la Universidad EAFIT y en la Universidad de Antioquia, y de medio tiempo en la Institución Universitaria de Envigado.

...*Sim esse humor como indiferen ça no interior da tragédia,
Pessoa não seria Pessoa,
aquele que conduziu por nós a carro ça de tudo (da modernidade)
pela estrada da nada.*

Eduardo Lourenço

Fernando Pessoa es el poeta múltiple, el de los heterónimos, el que atomiza la categoría de autor, el que fractura la pasión moderna por la identidad, el que convierte su vida en escritura, el que -bajo el semiheterónimo de Bernardo Soares- le concede la palabra al desasosiego por el cual ha sido tomado. Sí, Pessoa/Soares consagra su palabra a esa especial inquietud e incompatibilidad radical con el mundo de las apariencias, del trabajo, de la razón, de los otros; él se consagra hasta descubrir que la palabra es insuficiente ante lo inconmensurable y casi sublime del desasosiego, ella es insuficiente y guarda silencio, dando lugar a la contemplación distante y, paradójicamente, serena e irónica¹ del espectáculo misterioso y triste del mundo. No se trata pues de una experiencia del yo de las sensaciones y los sentimientos, sino de un modo de estar en la existencia; es el modo de Soares, ese espectador de la vida que por instantes pareciera diluirse él mismo en la desolación, el hastío, la pesadez, el absurdo, el detalle ínfimo, la incertidumbre y el desfallecimiento, pero que, sin embargo, no abdica de la vida. Es decir, aunque su desasosiego tiene un carácter demoledor de los ideales, de los sistemas racionalistas, de los modos convencionales de la representación, no obstante no se reduce a una mera pasión por destituirlo todo; es por eso que Soares se asume en su desasosegado espíritu desde la serenidad y la ironía, haciéndose cargo de la responsabilidad que supone mirar-se a distancia, con ese humor como indiferencia justo en medio de la tragedia, conduciendo por nosotros, como lo señala Eduardo Lourenço, “la carroza de todo (de la modernidad) por la carretera de la nada”. Pessoa/Soares será pues un desenfadado observador de su época, un visionario de los tropicónes que dará esa carroza a través del siglo XX, uno de los más caros para la humanidad, uno de los más costosos para su dignidad básica.

Si en el desasosiego participan la serenidad y la ironía, entonces la mirada, la escucha y la escritura que nacen de esta experiencia decisiva de Pessoa, necesariamente le imprimen un sello a su relación poética con la cotidianidad, con el otro y con la muerte; de modo que no es una relación fundada en un mero desencanto –como parecería a primera vista-, sino en el reconocimiento de la situación trágica del hombre contemporáneo: huérfano de dioses y de sentido, y librado a los avatares de la ciencia y la técnica. Esto hace de Pessoa el desasosegado habitante de las eternas aguas donde tiempo y espacio son puro exilio.

Por lo anterior, el texto que se presenta ahora no pretende construir un edificio interpretativo o analítico acerca del Libro del desasosiego, ni de la figura Pessoa/Soares en cuanto que autor/actor del mismo. Lo

¹ El sereno desasosiego irónico –lo que supone la vinculación entre Heidegger, con el concepto de serenidad, Pessoa con el de desasosiego, y Kierkegaard con el de ironía- es la cuestión central de la segunda parte del trabajo de investigación, pero no se incluye en esta publicación.

que se propone a continuación, más bien, es una lectura del desasosiego pessoano en cuanto que experiencia poética del límite de la existencia; es la experiencia de ser siempre inconcluso, lugar de contradicción y multiplicidad, experiencia de ser nada, de ser vacío y desnudez, de ser informe, amorfo; pero también es la experiencia de ser multitud, de ser nube en perpetuo des-con-figurarse. Reconoceremos en este Libro la imagen del hombre en cuanto que ser-del-desasosiego: lanzado a la disolución y la finitud inexorable, pero también a la posibilidad siempre abierta; hombre que acontece entre la serenidad y la fragilidad.

Pero, en principio, ¿qué habría para decir y cómo decir algo de un libro como éste? No es una novela, no es una autobiografía ni un ensayo, no es una crónica de la cotidianidad, no es un diario... es el libro “del” desasosiego, simplemente, incompleto y sin centro, y ajeno a las tipologías textuales convencionales. Es el libro-compañero fiel de Pessoa desde 1914, cuando concibe la idea, hasta 1935, cuando muere. Es decir, que en Pessoa discurren simultáneamente, se copertenecen el Libro y los desasossegados días, dedicados en buena medida a la contemplación extrema, casi demencial, de la cotidianidad banal y gris, a la cual interroga y se deja interrogar por ella, haciendo de la nada cotidiana “una aventura en los límites de lo decible y de lo pensable”, tal como lo señala Eduardo Lourenço. Estamos pues ante una escritura-diáspora que pone en entredicho, ella misma, tanto la consistencia del lenguaje y las formas convencionales de la narración, como la noción de autor. Este libro es en sí mismo desasosiego hasta el vértigo, pero también hasta la serenidad y la ironía.

Por el hecho de ser una expresión poética de la pérdida de sentido de nuestro destino moderno, Pessoa/Soares se convierte en uno de los referentes claves para pensar la condición del hombre contemporáneo. El suyo es el libro de la decadencia e insalvabilidad y disolución del yo moderno; de los límites del lenguaje, de la escritura, del pensar y del sujeto racional cartesiano; de los límites donde o se abdicar de la vida o se poetiza la condición abismal del hombre en su existencia. Este es el libro donde la mirada serena e irónica contempla con distancia el paso frenético de los inscritos en la moral de la acción que se conducen hacia el ninguna parte del progreso.

Pessoa afirma que este es un “libro interperso” (disperso en el interior), “del que voy formándome indolentemente una idea que nunca se completa”. Nace de “un estado de abulia absoluta”, de no-ser, que le “obliga a trabajar sin querer en el Libro del desasosiego. Pero todo fragmentos, fragmentos, fragmentos”. (Pessoa, 1996, p. 9).² Este libro nace pues de este estado de abulia y de la división del poeta Fernando Pessoa en otros poetas autónomos y distintos a él –sus heterónimos, o *drama em gente*, compuesto por Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Alberto Caeiro, Bernardo Soares, C. Pacheco y Vicente Guedes. El primer texto, de 1913, que se incluirá en el libro es *En la floresta de la enajenación*, donde queda expuesto el quiebre del sujeto de la racionalidad moderna, quiebre que será el telón de fondo de toda la obra pessoana.

² Carta de Pessoa a Armando Côrtes-Rodrigues, el 19 de noviembre de 1914. Citado por Ángel Crespo en el prólogo a la edición española del *Libro del desasosiego*.

Su Libro expresa el “fin de la ilusión humanista que aún insistía en sostener la misma moral y las mismas ilusiones y valores aún después de la caída del escenario en el que éstos se sostuvieron”. Esta escritura es heredera del más despiadado caos de espíritu al que fue lanzado el hombre moderno; pertenece a la “poética de la depresión absoluta que asoló la cultura de occidente desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XX”. De donde Pessoa será el “creador de un nuevo mirar poético, el inventor de la sonrisa en medio del desastre, del sentido imaginario en el interior del sin sentido absoluto y del naufragio” (Lourenço, 1986, p.15).

Detrás de Caiero, quien nos hace imaginariamente felices; de Reis, con quien nos tornamos indiferentes a la felicidad y a la infelicidad, y de Campos, con quien somos imposiblemente felices; detrás de estos tres reyes magos, “de camino hacia un Belén inexistente”, está “la voz anónima que los inventó o se inventó en ellos para soportar su vida real, la cotidianidad atroz de la cual el Libro del desasosiego es el espejo sin ficción, o con tan poca ficción que es peor que ninguna”. Más aún, sus heterónimos son “Ficción de interludio”, maneras de haber sido, por un instante, futurista con Campos, romano invulnerable a la angustia con Reis, y alegre o triste como la naturaleza con Caeiro (Lourenço, 1986, p. 14). Así, en su Libro y en su célebre “drama em gente” acontece uno de los últimos actos del largo proceso de disolución del yo inaugurado por el Romanticismo.

En Fernando Pessoa el desasosiego no es entonces un tema que le da forma a Bernardo Soares, su personalidad literaria; no, el desasosiego es en él una experiencia radical a partir de la cual son posibles su escritura y su obra. Y es esa experiencia del Pessoa-múltiple la que acontece en una distancia irónica y serena frente al mundo. Es en este sentido



Vista del Castillo San Jorge, desde la plaza del Rossio

que el Libro es capital en la obra del poeta, por cuanto es el lugar de lo que Eduardo Lourenço denomina como el “drama mayor de una heteronimia absoluta, la del Sujeto y su Escritura –salvadora e impotente al mismo tiempo- [...]”. (Lourenço, 1986, p. 95).

Todo pasa en este Libro como si Pessoa, a través de Soares, desnudara a Caeiro del contentamiento puro, a Reis de la indiferencia ostensiva y a Campos de la exaltación tumultuosa y precaria, para conservar de ellos el inverso: la vida en su desnudez. En otras palabras, este Libro es “revulsivo y subversivo de la restante textualidad pessoana, y por serlo, y de la manera como lo es, texto-suicida por excelencia.” (Lourenço, 1986, p. 89). Es un libro-reverso de la comedia, del *drama em gente*; libro-memorial de esa comedia que sólo lo es para quien se ficcionó en ella como el hipotético mirar de un dios sobre la realidad, comedia que no obstante le devuelve al poeta la imposibilidad absoluta y triste de ese mirar. Este libro es la experiencia de retorno de aquel que -por exceso de ausencia de alma- en tantas se multiplicó, y retorna para mirar-se de otro modo, para mostrarse desnudo y estoicamente situado desde un fondo vacío en el corazón de lo real trivialísimo. Esta es la mirada de un dios triste sobre sí mismo, la “sonrisa de Daniel en la cueva de los leones”. Su mirar irónico y distante indica que “la verdad nos está vedada, que nuestro destino es ignorarla sin que podamos abdicar de nosotros y de la vida”. Es la poética de la indiferencia de quien –como lo dice el mismo Soares- sobrevive “nulo en el fondo de toda expresión como un polvo indisoluble en el fondo del vaso donde bebió sólo agua”. (Lourenço, 1986, p. 16).

Es Pessoa, el incansable paseante de la calle de los Doradores en su eterna Lisboa, quien sueña todas las ficciones-heterónimas.

Y “mientras se inventaba poetas y nos soñaba más angustiados de lo que somos, más perdidos de lo que él se sentía, más tristes de lo que él era, iba escribiendo su *Libro del desasosiego*”, en el cual se despoja de su propia ficción y se expone como un “excluido voluntario de los otros y de la vida, soñador de todos los sueños, sobre todo, de los improbables”. En su Libro nos deja entrever además “el secreto turbio de su genio de impar claridad. Pero no nos lo da como quien se confiesa, sino como quien agoniza. La única corona que reivindica es la del sueño puro.” (Lourenço, 1986, pp. 11-12). A juicio de Lourenço, el Libro atomiza todas las ficciones que separan en vano a Pessoa del único amor que lo habitó, este libro desnuda su “verdadera e inclemente pasión”: su condición de amante de la muerte. Y es en esta condición donde se entretajan el humor como indiferencia, la distancia irónica, la serenidad poética y el coraje estoico con lo cual Pessoa/Soares asiste a la vida sin abdicar de ella... El es el amante de la muerte que renuncia a la pasión por la autoafirmación, liberándose así del peso y la presión que ejercen la fortuna, los ideales y la moral de la acción. Amar la muerte supone también, para Pessoa/Soares, “depositar la carga” y acoger poéticamente la vida en ese *entre* de la serenidad y la fragilidad, en esa especial condición de sereno desasosiego irónico que se concreta como escritura... “salvadora e impotente al mismo tiempo”.

I El desasosiego o la experiencia poética del límite

Hacer una experiencia con algo -sea una cosa, un ser humano, un dios- significa que algo nos acaece, nos alcanza: que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. [...] hacer significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar en la medida en que nos sometemos a ello. Algo se hace, adviene, tiene lugar.

Martin Heidegger

El desasosiego pessoano es un *entre*, un “desde donde” que encamina hacia la posibilidad de una mirada otra sobre el hombre contemporáneo. Un *entre* que es condición, fuente, donación de palabra, donde el autor se esfuma en beneficio de la obra, al estilo de Frenhofer, el pintor de *La obra maestra desconocida*, de Balzac... Allí, el pintor es la obra, como en este caso el autor es el Libro: es la afección profunda, el *pathos* de la invención, lo que en ambos casos acontece. El Libro de Soares es la experiencia del desasosiego que se hace obra, lo cual exige repensar el desasosiego mismo más allá de la cobardía moral que se pudiera suponer en él; es decir, exige asumir que “La tristeza no es ni mero abatimiento, ni melancolía. La verdadera tristeza está en una relación de consonancia con lo que es verdadera alegría, por cuanto que esta alegría se retira, vacila en su retirada y se mantiene en reserva”. (Heidegger, 1987, 152).

De igual modo, el desasosiego no es abatimiento, sino que, por el contrario, se halla en relación directa con el sosiego, con la serenidad que permanece en reserva. Esta experiencia pessoana pertenece también a las sublimes y permanentes cuestiones que le son prometidas y a la vez retenidas al decir poético. Pero “El poeta no podría hacer la experiencia que hace con la palabra si esta experiencia no estuviese templada por la tristeza, esto es, por la serena disposición de ánimo para la proximidad de lo que se ha retirado y que así está, a la vez, reservado para el advenimiento inaugural.” (Heidegger, 1987, p.152). Hacer una experiencia es “obtener algo en el caminar” a lo largo de un camino, de una floresta enajenada, según Pessoa. Y la palabra pertenece a ese pasaje misterioso donde “el decir poético bordea la fuente destinal del habla, a saber, el Decir en cuanto que mostración de lo que se reserva. Pero una experiencia con el habla no puede hacerse sino en el ámbito del pensamiento, y éste a su vez ronda por las proximidades de la poesía; es decir, que “poesía y pensamiento se necesitan mutuamente en su vecindad”, y que el pensamiento “abre surcos en el campo del ser”.

Hacer una experiencia es estar en camino hacia algo que desde sí mismo nos demanda, nos llama, nos toca y nos requiere; nos transforma. Es pues, en el decir de Heidegger, el camino lo que pertenece al pensamiento, mas no el método, que “es la consecuencia más extrema de la degeneración de lo que es un camino.” (Heidegger, 1987, p. 176). Y en el método están hipotecadas la representación y la ciencia. A su vez, pensamiento y camino pertenecen a la región, que es apertura y vecindad con la poesía. En la región, el pensamiento mantiene como gesto, más que el preguntar, el “escuchar el decir confiador”, el dejarse-decir, el escuchar el decir en cuanto que Decir, o sea, en cuanto mostración de lo que es propio del habla y con ello lo propio del hombre que permanece velado, oscuro e intraducible a nuestras

La experiencia de ser siempre inconcluso, lugar de contradicción y multiplicidad, experiencia de ser nada, de ser vacío y desnudez, de ser informe, amorfo; pero también es la experiencia de ser multitud, de ser nube en perpetuo des-con-figurarse.

desgastadas “naciones habituales” del pensamiento que ha devenido representación. El desasosiego de Soares es la experiencia, el padecimiento de la oscuridad y el límite del decir corriente, frente a ese ocultarse de lo esencial del habla, de lo esencial del hombre. Que el desasosiego alcance el

estatuto de experiencia, en la que participa igualmente la serenidad y la ironía, es lo que le da tonalidad y cadencia poética al Libro, y singularidad al poeta.

Para Heidegger, es la palabra la que mantiene, sostiene y provee sustento a la cosa en lo que “es”, afirmación que se apoya en la sentencia poética de Stefan George, quien concluye su poema *Palabra*, diciendo:

*Así aprendí triste la renuncia:
Ninguna cosa sea donde falta la palabra.*

Sentencia-pretexito que muestra la dificultad en la que estamos para hacer la experiencia de la vecindad entre pensamiento y poesía. Vecindad o en-frente-mutuo que permanece invisible para nosotros y que, no obstante, “gobierna en todas partes nuestra estancia sobre esta tierra y el caminar en ella”. Esta vecindad nos gobierna aún en una época que ha reducido el pensamiento al calcular, por ello es preciso el paso atrás, el retorno sereno al lugar donde propiamente ya nos encontramos. En este camino que es retorno se muestra que la palabra, el decir, no tiene ser, pero no por ello se la puede arrojar al vacío de la mera nada, puesto que es justamente ella la donante, la que da el ser: ella da en su reserva, y “al denegarse nos acerca su esencia retenida.” Por ello, aunque la joya misma que es la palabra “se retira a lo

misterioso y sorprendente que nos asombra”, no obstante “el poeta no abdica de la palabra”. (Heidegger, 1987, p. 172).

Pensamiento y poesía no están pues en una vecindad que signifique fusión, sino que, por el contrario, constituyen dos modos diversos del decir. Son el en-frente-mutuo, la vecindad divergente, las paralelas que se sostienen cada una en su propia oscuridad y que “se entrecruzan en el in-finito”, en “el advenimiento apropiador (*Ereignis*)”, desde el cual, poesía y pensamiento se remiten a lo propio de su esencia. Entonces, si la proximidad de pensamiento y poesía es la del decir, “el advenimiento apropiador prevalece como aquel Decir donde el habla nos dice su esencia.” (Heidegger, 1987, p. 175).

El camino -que pertenece a la región y ésta al Claro dador de lo libre- es lo que nos permite llegar a aquello que nos demanda, nos concierne, nos toma bajo custodia, nos guarda; lo que nos concierne en lo más íntimo. Sólo la región da caminos, es don de camino, y la palabra es puesta-en-camino, da e instituye caminos. El camino, el retorno, conduce a lo que nos demanda y en cuyo ámbito nos encontramos sin que aún estemos allí, pues aún no conseguimos hacer la experiencia de la vecindad de pensamiento y poesía, aún no logramos morar en la proximidad, en el Decir (*die Sagen*) donde se asienta el habla. Aún no moramos en el Decir que es “mostrar: dejar aparecer; liberación luminosa-ocultadora, entendida como ofrecimiento de lo que llamamos mundo.” (Heidegger, 1987, p. 179).

La experiencia de la proximidad es una-puesta-en-camino, es retorno a lo Mismo, recogimiento sobre lo Mismo. Pero el tiempo y el espacio de esta proximidad no se entienden aquí en la acepción de “parámetros” de medición, tal como los concibe el pensamiento representativo en el mundo técnico moderno. No, el tiempo y el espacio de esta proximidad no pueden tener esa dimensión, sencillamente porque bajo sus coordenadas no es posible “hacer la experiencia de la proximidad a la que pertenece la vecindad”. Será, en cambio, el en-frente-mutuo lo propio de la vecindad

de pensamiento y poesía en cuanto modos del Decir, y el ámbito de este en-frente-mutuo es nada menos que “la amplitud donde la tierra y el cielo, el dios y el hombre se alcanzan”. Hacer la experiencia de este en-frente exige de entrada abandonar el pensar calculador y asumir que lo esencial de la proximidad no es la distancia sino el en-caminar, reconocer que el “carácter parametral desfigura la esencia de tiempo y espacio”.

En la experiencia del en-frente-mutuo el tiempo temporaliza y el espacio espacializa. Temporalizar es madurar, dejar crecer y eclosionar lo con-temporáneo, y lo con-temporáneo es la máxima condensación del hombre en el tiempo, es “el haber sido, la presencia, y lo que guarda encuentro y que de costumbre se denomina futuro”. Y ese “mismo tiempo, en la totalidad de su esencia, no se mueve, reposa en silencio”. De igual modo “el espacio mismo, en la totalidad de su esencia, no se mueve, reposa en silencio”. Tiempo y espacio “pertenecen juntos a lo Mismo, al juego del silencio”. Y lo Mismo es “el Espacio [de] Juego [del] Tiempo”, es lo que en-camina el en-frente-mutuo de las cuatro regiones del mundo: tierra y cielo, dios y hombre: el juego del mundo. “¿Debería acaso la misma puesta-en-camino llamarse el advenimiento del silencio?” (Heidegger, 1987, pp. 191-2). El paso atrás -al lugar donde ya nos encontramos sin que aún estemos allí- es ruptura de la palabra resonante, retorno a lo insonoro para escuchar el son del silencio dador de toda palabra. Ese retorno es el paso atrás necesario en el camino del pensar.

El borde del país poético, país que es borde él mismo, o la floresta enajenada donde la palabra de los mortales pertenece al silencio, es “un reino distinto de la palabra. Un reino que se instaura de modo fulminante y súbito ante el poeta, y en el cual la palabra se halla ausente y el poeta renuncia a tenerla bajo su dominio”. Pero “esta renuncia es una verdadera renuncia y no un mero rechazo del decir y no un mero enmudecer”. La renuncia sigue siendo un decir en cuanto preserva la relación con la palabra, aunque la relación



Pessoa en bronce, al lado del Café Brasileira

sea ahora “transformación del decir que se torna eco casi inaudible –murmullo en forma de canto- de un Decir (Sage) indecible.” (Heidegger, 1987, pp. 207-8).

El poeta es claro, “Así aprendí *triste* la renuncia: Ninguna cosa sea donde falta la palabra”. Desde donde Heidegger avanza que “tanto mayor es la alegría, tanto más pura es la tristeza que duerme en ella”. Del mismo modo que cuanto más profunda es la tristeza, tanto más invocadora es la alegría que reposa en ella. Y es el dolor lo que da temple a la alegría y la tristeza, en la medida en que deja que “lo lejano esté cerca, y lo cercano lejos”, por ello, tanto la más intensa alegría como la más profunda tristeza son ambas, a su modo, dolorosas. “Pero el dolor toca de tal modo el ánimo de los mortales que este obtiene del dolor su peso de gravedad. Tal gravedad retiene a los mortales en medio de toda vacilación en la calma de su esencia”. De allí que el dolor se corresponda con la melancolía, la cual, “Puede apesadumbrar el ánimo pero puede perder también su pesadez e

insinuar su ‘secreto aliento’ para el alma”. (Heidegger, 1987, p. 211).

De este vínculo tristeza-alegría, templado por el dolor que toca el ánimo de los mortales, le viene al desasosiego pessoano la cadencia, el ritmo, la serenidad y la ironía que lo encaminan hacia el decir poético. Aquel aprender triste la renuncia es un reconocer que no hay palabra para “la esencia del habla”, es aprender que esa palabra es retenida y que nunca será una posesión lograda y segura para el país del poeta: la patria del poeta es la tendencia a la palabra, y así mismo la serenidad le es dada al hombre como búsqueda, como trabajo interminable de sí sobre sí mismo.

Que la esencia de la palabra se cubra con un velo será pues lo digno de ser pensado, y es eso lo que el poeta se deja decir, es eso lo que él se apresta a escuchar. Y ese *dejarse decir*, ese *escuchar*, se llama *pensar*, modo en que poesía y pensamiento se pertenecen mutuamente. De donde “todo decir esencial es retorno para prestar oído a esta mutua pertenencia velada de decir y ser, palabra y cosa. Ambos, poesía y pensamiento, son un decir eminente en la medida en que permanecen librados al secreto de la palabra como a lo que les es lo más digno de pensar (...)”. (Heidegger, 1987, p. 213).

El Libro del desasosiego es un aprestar la escucha para la palabra que se oculta y un poner en cuestión la relación con el lenguaje y la representación, lo que incomoda y hace vacilar las convicciones del

lector. Pero no es el caos por el caos lo que allí está en juego, ni la devastación ociosa de los ideales, sino más bien, y en primer lugar, el distanciamiento irónico –fundado en la soledad y el aislamiento– frente a la modernidad y sus presupuestos y dispositivos en los que se propone encuadrar al hombre, y en segundo y más importante lugar, lo que en el Libro se entreteje es la justa serenidad desde donde se muestra cómo el desasosiego es el hombre mismo. De este modo, en la experiencia de Soares se imponen, paradójicamente, el “sosiego y la soledad como necesidades irrenunciables para vivir el desasosiego.” (Molina, 1990, 173). Y es así como el poeta enfrenta la “terrible y religiosa misión”, igualmente irrenunciable: la misión de la escritura.

Por lo anterior, el Libro del desasosiego no es una autobiografía ni una mera y descomunal confesión de tedio vital, sino, más bien, una clave de lectura de toda la obra poética de Pessoa y de su lugar en la literatura contemporánea. Es una clave de lectura de la condición contemporánea del hombre: librado tanto a la prolijidad del “sí mismo” en una vasta colonia, en una sinfonía oculta de solitarios anónimos, como a la oquedad del yo. El “autor” Fernando Pessoa se disgrega en los otros que inventa y en quienes no se reconoce; en ellos se diluye el sujeto que ontológica y psicológicamente sería Uno... Sofisticado juego de demolición del yo, puesta en cuestión de las raíces psicológicas, éticas y sociales del individuo.

El de Pessoa es entonces un viaje sin itinerario, un nomadismo en el cual se torna constantemente diferente de sí mismo. Él es una colonia de “otros” sueltos y dispersos, una diáspora de singularidades descentradas y refractarias a cualquier jerarquía; es *drama em gente* que se traduce en desgarramiento de la identidad, del yo, del autor, del estilo, de los presupuestos y proyectos de sujeto de la racionalidad moderna... Visto a través del Libro, el de Pessoa es un lugar vacío e informe de donde emana la escritura, es un lugar presto a revelarse bajo diversos “nombres comunes,

anónimos, ceros multiplicando en vano el vacío de que están hechos [...]. ¿Máscaras? Pero ¿de qué y de quién? Si tomamos en serio el fenómeno de la heteronimia, ni máscaras le podemos llamar, pues su esencia en nada más se cifra que en la imposibilidad original de tener un rostro”. (Lourenço, 1986, p. 102). Es decir, que la multiplicidad heteronímica resulta ser una constelación cuyo centro es ausencia, vacío, silencio, pero justamente ese vacío es la posibilidad latente de la poesía. Cada nombre de poeta escrito por Pessoa es “el eco, indefinidamente reiterado, de una única intuición: el yo es ausencia y llamado patético e imposible de satisfacer. El yo no es nadie y por eso puede, como el Polifemo de la Odisea, convocar en vano su identidad abolida. La verdad no se encuentra en ninguno de los heterónimos ni en su conjunto.” (Lourenço, 1986, p. 107).

El *Libro del desasosiego* es el de un espectador de todo y de sí mismo, tallado a imagen y semejanza del aislamiento; ese es Pessoa/Soares, para quien la presencia del otro es mero contraestímulo que le retrasa, más que facilitarle, el pensamiento y la expresión. Sólo a sus amigos espectrales e imaginados, y a las conversaciones resultantes del sueño, le concede el poeta verdadera realidad y justo relieve. Entre sus “hábitos de soledad” destaca la indiferencia de sí mismo como el mayor dominio de sí, el “comportarse ante sí como ante un extraño, con serena línea exterior”, el asumir que “cada uno de nosotros es todo un barrio” de sensaciones a las que habrá de hallárseles, respectivamente, “el modo sereno de realizarse”.

Pessoa/Soares, diluido en su colonia es finalmente una “sombra errante por los márgenes de los ríos soturnos; su nombre es sombra también [...]. Fue por naturaleza aquello en que había de tornarlo la Muerte. No cayó siervo de una fe ardiente, no le mataron combatiendo por la bajeza de un gran ideal. Libre de la injuria de la fe y del insulto del humanitarismo, no cayó en defensa de una idea política, o del futuro de la humanidad, o de una religión por haber

[...]. Ni estatua ni lápida narre quien fue el que fue todos nosotros.” (Ap., Frg. 34, pp. 398-9).³

II El desasosiego es el hombre

*¿Quién me salvará de existir? No es la muerte lo que quiero, ni la vida:
es aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia como un diamante
posible en una caverna a la que no se puede descender.*
Bernardo Soares

El Libro del desasosiego es la experiencia de Pessoa de saberse nada, nadie, nube pasajera y siempre abierta a múltiples configuraciones, viajero sin itinerario, poeta irónico, hombre de corazón exaltado y triste, espectador autoexiliado de la monotonía cotidiana, poeta de la buhardilla, narciso ciego, cantor del absurdo proliferante e insoluble, hombre de los serenos sobresaltos que no sabe lo que siente, lo que piensa, lo que quiere... Condenado perenne, abandonado de Dios, cansado de vivir. Pero también es el hombre que se sabe multitud y que está librado a los innúmeros que en él habitan: sinfonía de plurales voces, soñador que sueña con crear un estado dentro de sí, con religión, política, revoluciones y ser el dios de ese estado y de ese panteísmo. Quien así discurre, con sabia distancia ante un mundo decadente, desolado y orientado siempre según la moral de la acción que demanda sin cesar actores decididos a inmolarsse en nombre de la utilidad y el trabajo productivo, quien como Soares mira ese mundo con indiferencia, pero también con profunda afección, no puede sino hacer la experiencia de un desasosiego al cual consagra su vida, es decir, su escritura.

Y es que la escritura pessoana está consagrada a lo que el poeta denomina como la conciencia de la “terrible importancia de la vida”, algo que no logra ver en ninguno de los que literariamente le rodea. Y tanto esta conciencia como su “crisis de incompatibilidad” consigo mismo y con los demás, le exigen dedicarse al arte como la misión más terrible: la cosa más importante, el deber más arduo y monástico que se ha de cumplir “sin desviar los ojos del fin-creador-de-civilización inherente a toda obra de arte”. Así, lo que sustenta el desasosiego Libro y la poesía de Reis, Caeiro y Campos es –en cada caso de modo particular– “una noción de la gravedad y el misterio de la vida”. Su crisis es la del viajero que se adelanta a sus compañeros, quienes hacen el viaje por divertimento, mientras él “lo encuentra tan grave, tan lleno de tener que pensar en su fin, de reflexionar sobre lo que diremos a lo Desconocido hacia cuya casa nuestra inconsciencia guía nuestros pasos... Viaje ese, mi querido amigo, que es entre almas y estrellas, por la floresta de los pavores... y Dios, fin del camino infinito, a la espera en el silencio de su grandeza.” (Pessoa, 1985, p. 27). Viajero adelantado y sin itinerario, sólo así puede dirigirse hacia lo Desconocido.

³ Las referencias al *Libro del desasosiego* no aparecen a pie de página sino enseguida de la cita, indicando el número del Fragmento (Frg.) y el de la página. La citas tomadas del Apéndice del libro se referencian con Ap., más el número del fragmento del mismo y la página. Para la elaboración del presente trabajo se utiliza la traducción realizada por Ángel Crespo (1984), quien se apoya en la edición portuguesa del Libro organizada en “manchas temáticas”, por Jacinto do Prado Coelho (1982).

En 1915, en una carta a Armando Côrtes Rodríguez, Pessoa insiste en su necesidad de “encarar seriamente el arte y la vida. Otra actitud no puede tener ante la propia noción del deber quien mira religiosamente el espectáculo triste y misterioso del mundo.” (Pessoa, 1985, p. 26). Y será justamente el sereno desasosiego la constante de este enfrentar seriamente la vida y el arte, de ese recrear una y otra vez dicho espectáculo, no para salvar el mundo, promoviendo la filantropía y los humanismos, sino para ampliar lo que el poeta denomina “la conciencia de la humanidad”. De este modo, Pessoa se revela como uno de aquellos que se mantienen al margen de lo que los incluye, de modo que ni abandona a dios, ni cree ni acepta a la humanidad, instalándose a distancia de todo, actitud a la que comúnmente se llama *decadencia*. Pero esta distancia no se confunde en Soares con el pesimismo, lo que le resulta una posición exagerada e incómoda. Él simplemente se sitúa en la vida como en una posada en la cual habrá de permanecer “hasta que llegue la diligencia del abismo”.

Se reconoce inscrito en la moderna generación heredera de la incredulidad en la fe cristiana, generación que navega sin rumbo ni puerto al que acogerse. Se sabe en un mundo desgarrado y desprovisto de dioses y de apoyos morales y

políticos: “nacimos en plena angustia posmetafísica”. Este escenario marca profundamente la vivencia cotidiana de Soares, para quien cada paso que da en la vida es un contacto con el horror de lo Nuevo, y cada persona conocida se le impone como un fragmento vivo de lo desconocido... esto le hace abstenerse de todo, no avanzar, reducir al mínimo la acción, sustraerse de los demás: “refinar la abstinencia y bizantinizar la abdicación [...]. Soy la gran derrota del último ejército que defendía al último imperio. Me sé al final de una civilización antigua y dominadora. Estoy solo y abandonado [...], como un imperio en ruinas angustiadas...” (Frg. 323, pp. 261-3).

Pero, aunque esta conciencia radical de la época alimenta sin cesar su exacerbada sensibilidad, su desasosiego, no obstante se abre más allá del mero nihilismo, pues se arraiga y participa de un estoicismo desde donde encara serenamente esa cotidianidad gris y apabullante, siempre

El desasosiego de Soares es la experiencia, el padecimiento de la oscuridad y el límite del decir corriente frente a ese ocultarse de lo esencial del habla, de lo esencial del hombre. Que el desasosiego alcance el estatuto de experiencia, en la que participa igualmente la serenidad y la ironía, es lo que le da tonalidad y cadencia poética al Libro, y singularidad al poeta.

limitada a la calle de los Doradores donde vive, a la oficina donde es ayudante de contabilidad, a la “atmósfera de gente...”. En esta monotonía diaria, Soares vive un desasosiego sereno en el cual la oficina y el patrón Vasques son la trivialidad de la vida, mientras que la buhardilla en la que habita es el arte: “el Arte que alivia de la Vida sin aliviar de vivir”. En su calle de los Doradores encuentra el sentido de las cosas y la solución de todos los enigmas, “salvo el de que existan enigmas”, y es esto último lo que retiene su ánimo.

Así pues, heredero de un mundo sin dioses, pero claro reconocedor de que existen enigmas, Soares se asume como “los alrededores de una ciudad que no existe, el comentario prolijo a un libro que no se ha escrito. No sé sentir, no sé pensar, no sé querer”. (Frg. 25, p.48). En contravía de la racionalidad moderna, Soares pertenece sin

reservas a la contrariedad, y de allí nace su escritura, en la que puede ser tanto una multitud de seres, una sinfonía, como una nada, la encarnación de la imposibilidad de ser, el soñador de lo imposible como ser mujer y hombre a la vez... Soñar con sentirlo todo, de todas las maneras, saber pensar con las emociones y sentir con el pensamiento. Crear de sí un estado con política, religión, partidos, revoluciones, y ser “dios en el panteísmo real de ese pueblo mío”: sueño irrealizable, y de ser realizable, mortífero, pues ¿quién podría sobrevivir a “tamaño sacrilegio cometido contra dios, tamaña usurpación del poder divino de serlo todo”?

Pessoa no apuesta entonces por la verdad y el exceso de sentido, ni por instalarse plácidamente en el mundo de las significaciones, ni por las fortalezas del sujeto moderno, racional y autónomo. No, él se las

juega, por el contrario, cotidianamente, en el abismo de la no significación, en la palabra desierta como lo único en su haber, en el amor por los paisajes imposibles y los grandes desiertos donde nunca podrá estar. Por ello siente pena por quienes sueñan lo posible y lo próximo, pues ya tienen asegurada la desilusión. Reconoce que quien sueña lo imposible, lo extraño y lo lejano, vive al margen de las contingencias que condicionan al que sueña lo posible. Ama la simple vida de la humanidad que vive en sueño sin saber lo que hace, lo que piensa, lo que quiere; sin saber lo que sabe: “Dormimos la vida, eternos niños del destino”. Soares ama, con su ternura in-

forme e intensa, a toda la humanidad infantil.

Por eso, en lugar de grandes verdades Soares lleva en su alma las *saudades* de la infancia, a la que considera La realidad, aunque haya muerto; por ello clama al destino que le

restituya la infancia y se lleve a dios. Anhela la sabiduría del que monotoniza la existencia, para quien cada pequeño incidente tiene un privilegio de maravilla, para quien todos los días se rinden a la monotonía y a la igualdad sin brillo. Así pues, con el futuro en el pasado, suspendido en el tiempo, ajeno a la realidad y amante del sueño, Soares encuentra desdeñable la vida de la mayoría de los hombres; desdeñable en todas sus alegrías y en casi todos sus dolores, excepto los que son de la muerte, porque en ellos colabora el Misterio. Y en esa mayoría de hombres a los que conoce bien, escucha un corazón exaltado y triste como el suyo: “gloriosos sin saberlo en el éxtasis de la palabra egotista”. Son poetas que, como él, arrastran “la igual miseria de nuestra común incongruencia”.

De este modo, mientras el destino anda y el tiempo sigue, Soares está quieto, ni anda



Foto de la autora. Vista del Tajo desde la Alfama.

ni sigue. Se contenta con escribir su nombre en el polvo de los cristales de su celda: “firma cotidiana de mi escritura con la muerte”. Pero tampoco es firma con la muerte, pues quien vive como él, no muere: termina, se marchita, se desvegetaliza, simplemente deja sin él la calle que transitaba, el lugar que ocupaba y el cuarto que habitaba. La muerte “es todo, y le llamamos la nada”. Pero nosotros, “vegetales de la verdad y de la vida”, no podemos representar esa “tragedia de la negación” a la que llamamos muerte, pues no sabemos en qué consiste y de nosotros sólo sabemos que somos “nietos del destino e hijastros de Dios, que se casó con la Noche Eterna cuando envió del Caos del que verdaderamente somos hijos.” (Frg. 139, p. 130).

Producto de semejante filiación, al hombre no le queda más que un lugar y una condición incierta, como las nubes, lo suyo es un pasar leve en el que se desconfigura y reconfigura una y otra vez en un juego sin término. Un pasar “entre el cielo y la tierra... lejos del ruido de la tierra y sin tener el silencio del cielo”. Intervalo “entre lo que soy y lo que no soy”. Y en ese no lugar, en ese *entre* se está igualmente al margen de lo útil y lo justificable. Soares vive en su inexistencia, y su abatimiento del alma es más rotundo que la angustia y el dolor de existir. Su abatimiento lo desconoce quien se resguarda del dolor y la angustia y se repliega en la “diplomacia consigo mismo para esquivarse al tedio propio”. Soares por su parte se halla entre su abatimiento y la insubsistencia de la palabra para decir siquiera, “como en la frase sencilla y total del libro de Job: ‘¡Mi alma está cansada de la vida!’” (Frg. 151, p. 140). La suya es la vivencia dolorosa de un “condenado perenne” que viene a ser juzgado en cada hoy.

La cotidianidad de Soares es un devaneo sin grandeza ni calma, un demorar sin esperanza ni fin, siempre en el claustro del aislamiento. Pensionista-espectador del universo que no logra estar alegre aún en las ocasiones en que podría estarlo, pues algo le pesa, un ansia desconocida, un deseo sin definición que le retrasa incluso la sensación

de estar vivo. Hasta el silencio que sale del ruido de la lluvia le perturba en su monotonía cenicienta. No hay sosiego para él, ni lo habrá; no hay siquiera deseo de tenerlo. Con respecto a los modos y cánones modernos que indican cómo y qué soñar, leer, escribir, contemplar, especular... Soares no puede más que declarar el desasosiego, la división y la fractura interior, y la incompatibilidad radical con ellos. Encuentra que esta época reduce la creación a la construcción de máquinas y que en la especulación metafísica cada sistema puede ser defendible e intelectualmente posible, a lo cual se resiste, pues “para disfrutar el arte intelectual de construir sistemas me falta el poder olvidar que el fin de la especulación metafísica es la búsqueda de la verdad.” (Frg. 183, p. 165).

Del edificio del sujeto moderno, Soares no deja piedra sobre piedra. ¿Cómo puede él contribuir a que éste se sostenga si de entrada reconoce que no hay puertos seguros para el hombre? Por ello, confiesa con ironía cómo se ha enterado -en medio de lo que él denomina un “pasma metafísico”- que todos sus gestos más seguros, sus ideas más claras y sus propósitos más lógicos, no eran finalmente más que “borrachera nata, locura natural, gran desconocimiento”. Se declara solitario súbito y extranjero de sí mismo, cuya sensación de sí “es como la de quien es liberado por un terremoto de la poca luz de la cárcel a la que se había acostumbrado”. O también, ruina humana puesta al descubierto por un terremoto. Pero ese instante de ver y de sentirse como algo humano es de lo indecible; no hay palabras con qué definirlo, no basta con decir: “He visto la verdad un momento”... No basta con eso porque “una luz súbita lo abraza todo, lo consume todo. Nos deja desnudos hasta de nosotros (Frg. 188, p. 169). Ceguera y desnudez... esa es la condición del hombre una vez colapsa el sistema racionalista en el que creyó estar cautivo, o mejor, en el que creyó estar a salvo. Ceguera y desnudez o el necesario exilio del lenguaje definicional, o la necesaria insuficiencia de éste... o la experiencia de lo más radicalmente humano,

de la más primordial forma de percepción y sensación del hombre en el mundo. Narciso ciego y desnudo, Soares sabe que “la vida perjudica la expresión de la vida”. ¿Quiénes somos más allá de esta irrealidad corpórea? Nadie lo sabe.

Queriendo ser una “obra de arte del alma”, Soares se esculpe con tranquilidad y enajenación. Y su desasosiego no ambiciona un remedio seguro, como el suicidio, para su terrible cansancio de la vida, sino algo más radical e imposible, más negativo que la nada: “el dejar de siquiera haber existido”... Y pretende ser el “primero en entregar a las palabras el absurdo de esta sensación sin remedio”. Pretende curarla escribiéndola...

Este extranjero de sí mismo se autoexcluye también de los fines y movimientos del mundo, pero ese aislamiento exagera aún más su sensibilidad y provoca incluso que los hechos mínimos le hieran como catástrofe, de modo que al aislarse se conduce justamente hacia aquello de lo que pretende huir, a saber, del mundo que aún no consigue observar con reposo y sin angustia. En esa imposibilidad de mirar

desapasionadamente, Soares es un abandonado de Dios, un Cristo en el Calvario lanzando su último grito al ver frente a frente su verdad: “Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?” Así, su desasosiego no pertenece al desespero, sino más bien a una serenidad frágil que no logra ser un don conquistado, y a una soledad igualmente vulnerable que tampoco puede ser reposo sin angustia. Soares se sabe un intruso, para los otros, un extraño extranjero, alguien a quien solamente le deben simpatía sin afecto... Y en esta condición sólo el juego, el sueño, el palabrear, el inventarse “otros”, lo protege un poco –pero no lo salva- de ser el “huérfano abandonado en las calles de las sensaciones, tiritando de frío en la esquinas de la Realidad, teniendo que dormir en los escalones de la



Foto de la autora. Rincón de la calle Saudade

Tristeza y que comer el pan regalado de la Fantasía.” (Frg. 255, p. 213).

Pero este amor al sueño es en último término un asumir la vacuidad del sentirse vivir. Y Soares encuentra que ese amor está tanto en los hombres de acción, como en los de inacción; a los primeros –santos muchos de ellos- esa vacuidad los conduce al infinito, mientras que a los segundos los remite a lo infinitesimal, y entre ellos se cuenta él mismo, espectador de sí que asume el soñar como único deber propio; soñar a fin de tener el mejor espectáculo posible. Espectador-soñador

que aún en la distancia del mundo, éste le afecta profundamente, hasta el punto de decir: “He sufrido en mí, conmigo, las aspiraciones de todas las eras, y conmigo se han paseado, a la orilla oída del mar, los desasosiegos de todos los tiempos”. Espectador indiferente pero afectado, o mejor, indiferente a los proyectos y la acción del sujeto moderno, pero conmovido por la incompletud y fragilidad del hombre, por su devenir. Esto le hace escapar a las reglas, decir cosas inútiles y abominar del verbo, de ese “microbio de la significación”. Lo que es tanto como repudiar la moderna pasión por la acción frenética y sin dirección, y como desestimar la búsqueda imparable del sentido y de la significación, pues encuentra que ambas pasiones son ajenas a la vida que discurre al margen de proyectos, sistemas y normas diseñadas para introducir un orden. “Todo cuanto es acción, sea la guerra o el racionio, es falso; y todo cuanto es abdicación es falso también”.

*Hacer una experiencia es estar
en camino hacia algo que desde
sí mismo nos demanda,
nos llama, nos toca y nos
requiere; nos transforma.*

Del tedio, entre el vértigo de sí mismo y la serenidad:

*Día tras día la vida es la misma.
Lo que transcurre, Lidia,
En lo que somos como en lo que no somos
Igualmente transcurre.
Cogido, el fruto fenece; y cae
Aunque nunca lo cojas.
Igual es el hado, ya lo busquemos
Ya lo esperemos. Suerte
Hoy, destino siempre, y en ésta o en ésta
Forma ajeno e invencible.*

Ricardo Reis

La experiencia del tedio, del desasosiego, es para Pessoa/Soares una forma de “no hacer y de no abdicar de hacer”, mostrando así las entrañas vacuas de la acción. Lo que está en juego no es un abdicar de la vida, sino un sustraerle peso, un mirarla silenciosamente en su desnudez. Pero mirar la desnudez exige una relación otra con el lenguaje, con el otro y con la muerte; una relación que en Pessoa se construye desde la distancia irónica y desde la serenidad que es abandono confiado, es dejar ser, es librarse al devenir misterioso de la vida, es reposo para el alma en medio de la condición frágil y finita del hombre.

Ese desasosiego participa de la conciencia desgarrada de la vacuidad de todo, de la muerte inexorable de los dioses, del cansancio profundo de vivir, de la tendencia constante a ser siempre otra cosa de lo que se es, de la sensación intensa de las cosas mínimas, inútiles y

pequeñas... Impaciencia del alma consigo misma, desasosiego siempre creciente: "todo me interesa y nada me retiene. Atiendo a todo soñando". Así pues, esta experiencia es también un abrirse a la posibilidad de amar lo fútil, de alimentar el escrúpulo en el detalle y el reconocimiento de lo mínimo como algo que está a salvo de las asociaciones burdas con la realidad, pues lo mínimo carece de importancia social y práctica.

En el desasosiego, lo inútil es bello por ser menos real que lo útil, que se continúa y prolonga en la realidad: "lo maravilloso fútil, lo glorioso infinitesimal, se queda donde está, no pasa de ser lo que es, vive libre e independiente". Este amor por lo mínimo se vincula a lo que Soares denomina *el desasosiego del misterio*, una de las sensaciones más extensas y complejas, y tan dolorosa que hasta puede ser agradable. Y ese misterio nunca se transparenta tanto como en la contemplación de las pequeñas cosas, inmóviles, que se detienen para dejar traslucir el misterio. "¡Benditos sean los instantes, y los milímetros, y las sombras de las cosas pequeñas, todavía más humildes que ellas!". De este amor y esta sensación dolorosamente agradable proviene en gran medida el carácter subversivo del Libro de Pessoa/Soares frente a una modernidad que apuesta por lo práctico, lo grandioso y lo útil, y por un sujeto consolidado allí como una seguridad.

En este desasosiego se atomiza ese sujeto y el poeta se dirige entonces no al sujeto racional sino al hombre, a quien el misterio de la vida duele y empavorece de muchas maneras, y le sobreviene bien como un fantasma sin forma -"y el alma tiembla con el peor de los miedos: el de la encarnación disforme del no ser"-, o bien como una presencia que está detrás nuestro, "visible sólo cuando nos volvemos para ver, y es la verdad toda en su horror profundísimo de que la desconozcamos." (Frg. 302, pp. 247-8). Pero en Soares la vivencia de tal misterio puede desbordarlo hasta el deseo de no querer tener pensamientos, hasta el deseo de nunca haber sido nada, hasta el sentimiento súbito de estar prisionero en una celda infinita que lo es todo

y de donde no puede huir; una celda infinita que en último término puede ser dios mismo, y quisiera entonces el poeta hallar una fuga de ese dios y dejar así de formar parte del ser y del no ser.

En esta experiencia del límite de la existencia, Soares nos conduce hacia un vaciamiento de todo, hacia la desnudez de la idea de lo que somos de más doloroso, a saber, la idea que nos hacemos de nosotros mismos, en la cual suceden nuestras mayores tragedias. Este desnudamiento es la puesta en cuestión y la destitución del edificio ficcional e ideal en el que creemos soportarnos sólidamente. Esto conduce sin remedio al vacío de todo, a la oquedad del mundo, del alma, de la vida; a la imposibilidad hasta en sueños de ser: "ser amante, ser héroe, ser feliz. Todo está vacío, hasta de la idea de que existe. Todo está dicho en otro lenguaje, para nosotros incomprensible, meros sonidos de sílabas sin forma en el entendimiento [...]. Todos los dioses mueren de una muerte mayor que la muerte. Todo está más vacío que el vacío". (Frg. 277, pp. 232-3). "Se pierde así el mundo y en el fondo del alma sólo queda una congoja intensa e invisible, "como el ruido de quien llora en un cuarto oscuro".

A la desnudez y al vacío del hombre, a esa marginalidad del lenguaje desde donde el lenguaje mismo es, le corresponde en Soares una congoja intensa, un tedio total que es más que tedio -pero no tiene otra palabra que medio decirlo-: "un sentimiento de desolación sin lugar, de naufragio de toda el alma", de pérdida de un Dios complaciente y de muerte de toda la sustancia. Soberano horror de estar vivo para el que no hay en Soares lenitivo ni antídoto, magno tedio en medio de las "noches plácidas, tibias de angustia". Tedio que es la "paz siniestra de la belleza celeste".

¿Pero qué es finalmente el tedio para Soares? En diversos puntos del Libro se ocupa expresamente de él, y parece que lo piensa como sinónimo del desasosiego. Bordea la cuestión una y otra vez descartando las pretendidas similitudes con el aburrimiento, el cansancio y el malestar, para darle a este

desasosiego el carácter de condición fundamental del hombre mismo.

En primer lugar, el tedio no es “enfermedad de inertes” como habitualmente se cree, sino por el contrario tiene mayor presencia en quienes no tienen disculpa para la inercia, de modo que el tedio de los grandes esforzados es el peor de todos, pues aún entregados al trabajo, éste no les concierne en lo más íntimo; están en fría distancia con respecto a él. “No es el tedio la enfermedad del aburrimiento de no tener nada que hacer, sino la enfermedad mayor de sentirse que no vale la pena hacer nada”. (Frg. 167, pp. 153-4). Así, cuando más hay que hacer, más tedio hay que sentir, es decir que se presenta como una respuesta al *tener que hacer*, al *tener que ser*. El tedio es un apagamiento enorme de todos los gestos hechos, un repudio de la cotidianidad y la sordidez monótona de los otros, un asumir que -más allá de la agitación de los hombres en el mundo- la nada es todo.

En segundo lugar, el tedio pertenece también a los abandonados de dios, pues quien tiene dioses nunca tiene tedio. “Para quien no tiene creencias, hasta la duda le es imposible, hasta el escepticismo carece de fuerza para que dude. Sí, el tedio es eso: la pérdida, en el alma, de su capacidad de engañarse, la falta, en el pensamiento, de la escalera inexistente por donde sube segura la verdad.” (Frg. 287, p. 239). El tedio habla entonces de la soledad infinita que acompaña al hombre en su transitoriedad.

En tercer lugar, el tedio no es un entorpecimiento como el de la somnolencia del vagabundo, no, puesto que el tedio se manifiesta súbitamente como un sufrir sin

sufrimiento, un querer sin deseo, un pensar sin raciocinio, un aislamiento de nosotros en nosotros mismos. Es un cansancio de sí mismo, no de la obra realizada; cansancio de vivir, como el que ya sintiera el Santo Job. Pero tampoco es reductible el tedio al malestar, al aburrimiento o al cansancio, pues aunque puede incluir estos estados no se parece a ninguno de ellos. “No es solamente la vacuidad de las cosas y de los seres lo que duele en el alma cuando siente tedio: es también la vacuidad de otra cosa cualquiera, que no las cosas y los seres, la vacuidad de la propia alma que siente el vacío.” (Frg. 314, pp.254-5). El que siente tedio está preso en la celda infinita y sin muros en la que consiste él mismo, el

hombre es el tedio que hay en las cosas, “en el cielo, en la tierra y en el mundo”, él es la medida de la imposibilidad de ser lo que se es.

El hombre es desasosiego, es dolor por la vacuidad de la propia alma que siente el vacío de todo; es agonismo entre la finitud y el anhelo de infinitud.

Es por esto que el Libro “del” desasosiego, es un decir una y otra vez lo mismo, pero siempre de modo diferente; bien porque el desasosiego escamotea el lenguaje definicional, o bien porque bordea lo que de indefinicional e irrepresentable hay en el hombre: “aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia como un diamante posible en una caverna a la que no se puede descender”. Decir una y otra vez ese tedio, ese desasosiego que es el hombre, es una experiencia que se inscribe en la serenidad, por ello, en ese límite de la existencia que es el desasosiego, se cultiva y crece igualmente la posibilidad de llegar a Decir desde la serenidad



Foto de la autora. Plaza del Comercio, Lisboa.

BIBLIOGRAFÍA

- Balzac, Honoré (2000) *La obra maestra desconocida*, Barcelona, Círculo de lectores.
- Cademartori, Ligia (2000) "Filosofar não é preciso", En: *Actas VI Congreso internacional de estudios pessoanos*, Lisboa, Fundación Eng. Antonio de Almeida.
- Crespo, Ángel (1988) *La vida plural de Fernando Pessoa*, Barcelona, Seix Barral.
- _____ (1984) *Estudios sobre Fernando Pessoa*, Barcelona, Bruguera.
- Cortínez, Carlos (2000) "Asonancias en el Desasosiego de Pessoa", En: *Actas VI Congreso internacional de estudios pessoanos*, Lisboa, Fundación Eng. Antonio de Almeida.
- Courteau, Joanna (2000) "Fernando Pessoa e o desaparecimento da dicotomia sujeito/objeto", En: *Actas VI Congreso internacional de estudios pessoanos*, Lisboa, Fundación Eng. Antonio de Almeida.
- De Freitas, Lima (2000) "Fernando Pessoa e o paradigma hermético", En: *Actas VI Congreso internacional de estudios pessoanos* (sección Norte-americana, noviembre de 1988), Lisboa, Fundación Eng. Antonio de Almeida.
- De Man, Paul (1996) *El concepto de ironía*, Eutopias, 2ª Época, Valencia, Ediciones episteme, Vol. 141.
- Foucault, Michel (1993) "¿Qué es un autor?", En: *Revista creación*, No. 9, Madrid, Instituto de estética y teoría de las artes.
- Heidegger, Martín (1988) *Serenidad* (Traducción de Yves Zimmermann), Barcelona, Ediciones del Serbal.
- _____ (2001) "¿Qué significa pensar?", "Ciencia y meditación", y "construir, habitar, pensar", En: Conferencias y artículos, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- _____ (1990) *Identidad y diferencia*, (Edición de Arturo Leyte), Barcelona, Anthropos.
- _____ (1987) *De camino al habla*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Kierkegaard, Sören (2000) *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía*. (Escritos: vol. I), Madrid, Editorial Trota.
- Lourenço, Eduardo (1986) *Fernando rei da nossa Baviera*, Lisboa, Imprensa Nacional/Casa de la moneda.
- _____ (1992) *O laberinto da saudade. Psicanálise mítica do destino português*, Lisboa, Publicaciones Dom Quixote.
- _____ (1981) *Fernando Pessoa revisitado. Leitura estruturante do drama em gente*, Lisboa, Moraes Editores.
- _____ (1983) *Poesía e metafísica. Camões, Antero, Pessoa*. Lisboa, Sá da Costa Editores.
- Molina, César Antonio (1990) *Sobre el iberismo y otros escritos sobre literatura portuguesa*, Madrid, Akal.
- Pessoa, Fernando (1996) *Libro del desasosiego*, Barcelona, Seix Barral.
- _____ (1985) *Sobre literatura y poesía*, Madrid, Alianza tres.
- _____ (1990) "Odas de Ricardo Reis", En: *Poesía completa* (Edición bilingüe), 2 vols. Barcelona, Ediciones 29.
- Ricoeur, Paul (1997). "Poder, fragilidad y responsabilidad", En: *Horizontes del relato. Lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*, Madrid, Cuaderno Gris.